



WILFREDO LAM. Cuando se nombra a Wilfredo Lam inmediatamente lo asociamos con la idea de una pintura latinoamericana. El concepto de lo latinoamericano en arte es ambiguo e impreciso y sobre ello se ha escrito y se continúa escribiendo mucha literatura. Sin embargo, hay bastante de cierto en el hecho de que la pintura de Lam se mencione con frecuencia como prototipo de un arte concierne a lo que podría ser la expresión de una esencia latinoamericana. Lo mismo podría decirse respecto a Roberto Matta o, sin ir muy lejos, a Armando Reverón. Representan cimas, niveles ideales y, por sobre todo, obras logradas, mundos de extraordinaria fuerza mítica.

Hay una síntesis en Lam, y una síntesis genial que permite que él pueda representar la realidad por medio de símbolos deslumbrantes que proceden de las zonas más oscuras de la conciencia y que se dirigen hacia la luz, en una lucha de contrarios cuyo dominante es Eros, el amor, que une y separa los cuerpos. Todo un ritual se elabora en esa vigilia de resplandores donde toda la naturaleza se permuta, en incesante metamorfosis, en medio de grandes espacios que preceden al abismo o al vértigo; el hombre toma atributos del animal, la bestia dormida un día despierta en la mujer; el caballo, con sus pezuñas-pies y sus belfos sensuales, es un vehículo permanente de transustanciación; se pasa a través de él fácilmente del corcel a la mestiza de hirientes senos; la vegetación se asimila a esta suerte de "foresta de símbolos". Las frutas y plantas se llenan de zonas erógenas y ofrecen sus redondeces y apuntadas formas, que convergen en los dos sexos, macho y hembra, expresión hermafrodita de un panteísmo detrás del cual está una ambigua deidad que, al modo como Dionisos era en Grecia un dios extranjero, procede seguramente del Africa.

Lam nació en Sagua La Grande, Provincia de Las Villas, Cuba, en 1902. Después de estudiar en la Academia de San Alejandro, en La Habana, marchó a los 19 años a España, para continuar sus estudios. En Madrid realizó su primera exposición, en 1928. Conoció en 1937 a Picasso, quien se convirtió por un tiempo en su protector. Radicado en París después del triunfo del franquismo, se asoció al movimiento surrealista e ilustró el libro de André Breton "Fata Morgana". En 1956 realizó en Caracas una retrospectiva de su obra. El Museo de Arte Moderno de Nueva York le adquirió en 1944 una de sus más importantes obras: La Selva. En 1962 retornó a Cuba. Comparte su residencia entre su país de origen y Francia.

*Juan Calzadilla*